

La memoria naval de Malvinas. De olvidos, silencios y jerarquizaciones de experiencias.

Andrea Belén Rodríguez.

Cita:

Andrea Belén Rodríguez (2013). *La memoria naval de Malvinas. De olvidos, silencios y jerarquizaciones de experiencias*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/253>

X Jornadas de Sociología de la UBA. 20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI- 1-6 de Julio de 2013

Mesa N°17: “Estudios sobre Fuerzas Armadas: debates, aportes y perspectivas en Argentina y América Latina”

“La memoria naval de Malvinas. De olvidos, silencios y jerarquizaciones de experiencias.”

Andrea Belén Rodríguez
UNS–UNCOMa–UNLP–CONICET
andrea_belen_rodriguez@yahoo.com

Desde la rendición en las islas, la Armada Argentina ha configurado un relato público sobre la guerra de Malvinas, sobre el sentido de la contienda y principalmente sobre su participación en la misma, realizando un verdadero “trabajo de encuadramiento” de la memoria (Rousseau, en Pollak, 2006) destinado a la vez al interior y exterior de la fuerza. Como toda memoria social, la narrativa institucional es una elaboración de sentido sobre el pasado bélico, atravesada por palabras, silencios y olvidos, que si bien ha ido cambiando según las intencionalidades del presente y las expectativas futuras (Jelin, 2002), ha conservado determinados puntos de referencia relativamente invariables.

En el presente trabajo, pretendemos abordar la construcción de la memoria pública del conflicto del Atlántico Sur por parte de la Armada en la posguerra, dando cuenta principalmente de los espacios, acontecimientos y actores – elementos constituyentes de toda memoria (Pollak, 2006)- privilegiados por la institución en su configuración memorial y que han continuado vigentes a lo largo del período estudiado, y, en contrapartida, de aquellos otros factores omitidos, subsumidos o dejados en un segundo plano por la misma.

En este punto es oportuno aclarar que el objetivo de analizar el relato naval bélico parte, en realidad, de una preocupación colindante: intentar identificar por qué la Marina ha excluido del mismo “la guerra” del Apostadero Naval Malvinas, una unidad logística que fue constituida específicamente para el conflicto y que se encargó de la fundamental tarea de operar las instalaciones portuarias de las islas, uno de los enclaves de contacto con el continente. En la posguerra, la historia del Apostadero ha tenido un lugar marginal en la historiografía naval y su rol en los actos conmemorativos ha sido mínimo en comparación al de otras unidades, cuestiones denunciadas constantemente por sus ex-integrantes.¹

¹ El Apostadero Naval Malvinas fue la primera unidad de la Armada creada durante la guerra con el objetivo de organizar el puerto emplazado la capital de Malvinas. En un principio estuvo conformada por 20 miembros, pero luego se vio reforzada con la llegada de nuevos efectivos hasta un número aproximado de 200. Entre sus miembros se encontraban civiles y militares, conscriptos, suboficiales y oficiales, en su mayoría de especialidades técnicas y de marinería; por tanto, se trataba de personal logístico, no combatiente. Sus integrantes se dedicaron principalmente a estibar la carga de los buques que llegaban a las islas y realizar guardias en el pueblo, aunque también se encargaron del transporte de mercadería al frente de batalla, la distribución y el racionamiento logístico, el minado de la península –entre otras tareas-, e incluso un grupo fue

Con el objeto de abordar esta problemática, en el presente artículo partimos de la hipótesis que la Armada realizó una verdadera “invención de tradiciones” (Hobsbawm, 2002) al seleccionar determinados elementos “excepcionales” de su participación en la guerra que le permitieron a la vez vehiculizar y actualizar pautas morales y tradiciones navales, legitimarse como institución y contribuir a la cohesión identitaria de sus integrantes, al tiempo que luchar contra representaciones críticas arraigadas en el imaginario social de Malvinas. En tanto otros hechos eran más apropiados por lo claros, gráficos o impactantes para ello que “la guerra” del Apostadero, la Marina optó por relegar a ésta a un segundo plano, o casi directamente al olvido, al igual que a otras unidades logísticas que intervinieron en el conflicto.

El trabajo se basa en fuentes escritas de gran variedad y heterogeneidad. En primer lugar, consultamos la historiografía principal de la Armada sobre la guerra, tanto aquellas obras más abarcativas como las memorias de los jefes de algunas unidades que intervinieron en el conflicto. En segundo lugar, analizamos los discursos de diversos integrantes de la plana mayor en actos conmemorativos vinculados a Malvinas, publicados en distintos medios de prensa. En tercer lugar, recabamos diversas revistas navales, tanto aquellas especializadas como las destinadas a un público general, así como periódicos tradicionalmente vinculados a la fuerza. Por último, consultamos la página web de la Armada Argentina.²

Así, a continuación reconstruiremos brevemente el contexto de la temprana Transición en el que la Armada construyó los cimientos de la memoria oficial de la guerra, que han revelado tener una extraordinaria vigencia. Luego de estudiar el sentido que la institución le otorgó a la contienda bélica, y los cruces con la “otra guerra”, “la antisubversiva”, identificaremos y analizaremos cada uno de los elementos que la Marina ha seleccionado para la constitución de su memoria pública. Para finalizar, abordaremos algunas variables que contribuyan a explicar por qué la historia del Apostadero ha tenido un lugar marginal en dicha memoria, retomando la hipótesis aquí planteada.

destinado al frente de batalla en la península Camber. El Apostadero fue un destino relativamente privilegiado en la guerra, tanto en lo simbólico –en el acceso a distintos canales de información y en la posibilidad de contactarse con los seres queridos frecuentemente– y material –en tener la posibilidad de dormir bajo techo toda la guerra, de bañarse más de una vez, de disponer de suficiente comida durante todo el conflicto–, beneficios que prácticamente desaparecieron para aquellos que fueron al frente. El 14 de junio, día de la rendición, la unidad dejó de existir, sin contar con caídos entre sus filas (Rodríguez, 2008).

² En cuanto a la historiografía naval, consultamos tanto libros cuya publicación fue promovida por la Armada (la *Historia Marítima Argentina* y la *Historia de la Aviación Naval Argentina*), como otros realizados por propio interés de los autores –todos ellos marinos–, como la obra principal sobre el accionar de las unidades navales en Malvinas (Mayorga y Errecaborde, 1998), y otros escritos por comandantes de las unidades en la guerra (Robacio y Hernández, 1996; Bonzo, 2000; Büsser, 1984). Con respecto a las revistas, elegimos *Gaceta Marinera* (publicada en diversos lugares y con distinta frecuencia desde 1961) por ser la única claramente destinada al público en general y el *Boletín del Centro Naval*, una tradicional publicación destinada sobre todo al interior de la institución, cuyos orígenes se remontan al nacimiento del Centro Naval en 1882. En cuanto al periódico, consultamos *Convicción* ya que fue un diario publicado desde 1978 hasta 1983 y vinculado estrechamente al proyecto político del almirante Massera (Borrelli, 2008). Por último, la página web de la Armada es: www.ara.mil.ar.

De cuestionamientos y tensiones

En la posguerra, un fuerte cuestionamiento a las Fuerzas Armadas (FF.AA.) se propagó en gran parte de la sociedad, no sólo por su derrota en las islas, sino también por las masivas violaciones a los derechos humanos (DD.HH.) que éstas habían cometido en los ´70.³ Si la Fuerza Aérea fue la que salió “mejor parada” – porque su accionar en el conflicto había sido relativamente mejor y el más publicitado, y su participación en la represión había sido menor y a la vez la menos difundida–, indudablemente el Ejército fue el que se llevó las peores críticas: su involucramiento en la “guerra sucia” había impactado fuertemente en la opinión pública (por su misma magnitud era la fuerza que más centros clandestinos de detención había desplegado en todo el país), y su pésimo desempeño en las islas se difundió rápidamente debido a las denuncias de los conscriptos que habían permanecidos por más de dos meses en las trincheras enfrentando condiciones deplorables (Lorenz, 2006).

En este panorama, la Armada tampoco salió indemne de las críticas. Las noticias sobre su participación en la “lucha antisubversiva” –tal como los medios de comunicación la denominaban en esos momentos– estaban a la orden del día. Ya a fines de 1982, varios sobrevivientes denunciaron el funcionamiento de un centro clandestino en el corazón de la escuela de suboficiales de Marina, en plena zona residencial de Buenos Aires, y además, Raúl David Vilariño, un cabo “arrepentido”, confesó públicamente “Yo secuestre, maté y vi torturar en la Escuela de Mecánica de la Armada” a la revista *La Semana* en enero de 1984 –entrevista que luego se convirtió en un libro. Así, casi inmediatamente, la ESMA pasó a ser un símbolo de la represión ilegal, principalmente por la cantidad de detenidos-desaparecidos que pasaron por sus calabozos. Además, los casos de desaparición de Héctor Hidalgo Solá, Elena Holmberg, Marcelo Dupont, la ciudadana sueca Dagmar Hagelin, las monjas francesas y los padres palotinos, tuvieron gran repercusión pública y los nombres de los marinos implicados –Rubén Chamorro, Emilio Massera, Alfredo Astíz, Jorge Acosta, entre muchos otros– comenzaron a ser sinónimo de los años más oscuros de la Historia Argentina.

Paralelamente, las rencillas y tensiones interfuerzas estallaron debido a que nadie quería asumir los costos de la derrota en Malvinas. Si sobre la “lucha

³ Es necesario tener presente que el conflicto bélico por las islas del Atlántico Sur (islas Malvinas, Georgias y Sándwich del Sur) fue llevado a cabo por una dictadura militar que estaba en el poder desde el golpe de estado del 24 de marzo de 1976. Durante el régimen –y también antes–, las FF.AA. desplegaron una feroz represión ilegal, durante la cual secuestraron, torturaron y asesinaron a miles de ciudadanos. Para 1982 el régimen militar enfrentaba una grave crisis económica, social y política, cuyos síntomas habían comenzado a evidenciarse con las denuncias por las múltiples violaciones a los DD.HH. que había cometido la dictadura, sumadas a una creciente movilización antidictatorial, en el marco de un gobierno inconstitucional con graves falencias administrativas e institucionales. En ese contexto, el desembarco en Malvinas el 2 de abril –una causa nacional arraigada en gran parte de la sociedad argentina– aparecía como la oportunidad perfecta para recuperar la legitimidad perdida por el régimen y promover la unidad nacional. Finalmente, la derrota bélica el 14 de junio y sobre todo las denuncias de las tremendas improvisaciones e irregularidades que había caracterizado al conflicto, dio el golpe de gracia a la dictadura, que se retiró el 10 de diciembre de 1983. Sobre la situación en que se encontraban las FF.AA. en la Transición, ver: Acuña y Smulovitz (1995), Canelo (2006), Verbitsky (1985; 2006).

antisubversiva” pesaba un pacto de silencio que las fuerzas en general no rompieron –aunque sí existieron fisuras–, no sucedió lo mismo con respecto a Malvinas. Rápidamente cada arma “buscó salvar su propio prestigio, en ocasiones cargando negativamente las tintas sobre el desempeño de las restantes” (Lorenz, 2006:172). Esas rencillas favorecieron la salida a la luz de las críticas al accionar de la Armada por la casi nula participación de la Flota de Mar en el conflicto. Un informe atribuido al comandante de la Fuerza Aérea Sur, el brigadier Crespo, indicaba:

“La única unidad de superficie perdida lo fue en circunstancias confusas, en la que se arriesgó la unidad más antigua de la flota, sin protección, en pos de una aventura que ya había sido abandonada en el momento del hundimiento” haciendo referencia al Crucero General Belgrano. (...) “El posterior repliegue de la flota que se desplazó fuera de los límites que sucesivamente le fue imponiendo el adversario, rodeando la costa hasta refugiarse en puertos que no abandonó hasta terminar el conflicto, configuró un modo operacional que fue publicitado periodísticamente en forma internacional, llenando de intriga primero y estupor después a la población, acostumbrada a sus manifestaciones de defensora de la soberanía nacional.” (*Clarín*, 24/11/1982)

Si bien luego Crespo negó su autoría, el informe es bien representativo de las críticas que tanto Fuerza Aérea como Ejército le hacían a la Armada: haberse retirado al litoral Atlántico ante la primera dificultad, aún siendo esta fuerza la que principalmente instó al conflicto, y haber arriesgado una unidad con el consiguiente saldo de más de 300 muertos sin ningún tipo de sentido. De hecho, estos cuestionamientos luego fueron confirmados por el informe realizado por las FF.AA. sobre la guerra –conocido como *Informe Rattenbach*- cuando fue difundido por la revista *Siete Días* en noviembre de 1983, sólo dos meses después de ser declarado confidencial. El informe era lapidario. Sobre la actuación del almirante Anaya, Comandante en Jefe de la Armada, afirmaba:

“...no exigir el cumplimiento de la doctrina conjunta, lo que es inexcusable en la guerra moderna, en la cual los objetivos sólo pueden ser logrados con eficacia mediante la acción conjunta de las Fuerzas Armadas; haber sido uno de los propulsores de la idea de recuperar las islas y, no obstante, al producirse la acción británica propiciar, en el Comité Militar, la decisión de no emplear en la batalla las unidades de superficie propias, aduciendo las capacidades de la fuerza submarina nuclear enemiga” (*Clarín*, 23/11/1983).

Varios integrantes de la plana mayor durante la guerra salieron a responder individualmente estas críticas, en intentos casi desesperados por pedir comprensión de las limitaciones a las que se estaba sometido por la superioridad de la flota inglesa. El contraalmirante Allara, comandante de la Flota de Mar, sólo atinó a decir que la “flota hizo lo que pudo y algo más” (*Gaceta Marinera*, 14/4/1983) y que “lo que hizo y lo que no se pudo hacer, fue siempre producto de un profundo análisis profesional, con ponderación y con realismo” (*Convicción*, 29/9/1982).

Pero también hubieron respuestas institucionales. De hecho, para hacer frente a los cuestionamientos que casi diariamente se le hacían en los ´80, la Armada intentó redefinir su rol en el contexto democrático y cambiar su imagen pública, mediante diversas acciones en el plano simbólico y práctico, que continúan hasta la actualidad. Por un lado, realizó diversas actividades para promover un acercamiento con la sociedad civil, como la organización de grandes desfiles,

jornadas de puertas abiertas de la flota y bases, acciones de ayuda y solidaridad en caso de inundaciones e incendios, entre otros. Por otro lado, al tiempo que intentaba construir una imagen de subordinación a las instituciones democráticas –mediante discursos que continuamente rescataban su respeto a las autoridades gubernamentales, distanciándose así del Ejército, incluso en plena época de los alzamientos “carapintadas”–, desplegó políticas concretas para configurar una memoria oficial sobre su participación en la guerra de Malvinas, que muchas veces iba a la par de la “otra guerra”, la de “la subversión”. Como indica Federico Lorenz, la estrategia de las FF.AA. desde 1982 consistió en contraponer la guerra de Malvinas a las denuncias por violaciones a los DD.HH. como una forma de ofrecer un costado presentable a los cuestionamientos pero, también, para recordar a los críticos el respaldo popular que gozaron el 2 de abril:

“... la guerra de Malvinas se revelaba como un símbolo de primera magnitud para ser opuesto a las denuncias de la represión ilegal. Enraizado en elementos nacionalistas de fuerte presencia en la cultura argentina, tocaba una fibra sensible a miles de argentinos, enrostrándoles a los actuales críticos su pasado comprometido con la guerra (y por extensión con las Fuerzas Armadas). Esta ambigüedad, que había permitido abrir las críticas al régimen en 1982, ofrecía ahora a los militares, también, una eficaz barrera a los cuestionamientos en el contexto de la transición.” (2006: 182)

En la temprana Transición, la constitución de la memoria pública de la guerra de Malvinas por parte de la Armada estaba dirigida a la vez al “frente externo” e “interno” de la institución. En el primero, reivindicarse como garante de la soberanía nacional, y recordar el apoyo social brindado al conflicto, le permitía hacer frente o, por lo menos, llamar a silencio a los críticos de la guerra, y, por extensión, del pasado represivo en los ‘70, y a la vez eludir todo tipo de responsabilidades por ambos hechos. Este fue un recurso utilizado por las tres fuerzas en general.⁴ En el segundo, y para el caso específico de la Armada, la construcción de una memoria oficial que reivindicara su participación en la guerra, le permitía luchar contra la imagen social de una Marina que no combatió en Malvinas. Al interior de las filas, la configuración de dicha memoria era una estrategia para instar a la cohesión institucional en torno a esa guerra, y evitar así los conflictos intrafuerza que ya habían comenzado a arreciar y a hacerse públicos.⁵

⁴ Los cruces entre Malvinas y “la guerra antisubversiva” en los ‘80 y ‘90 fueron constantes en los discursos y actos conmemorativos. En esas décadas, los actos en homenaje a los “muertos por la subversión” fueron frecuentes en la Armada, aunque variaron en intensidad. Principalmente a partir de la asunción de Néstor Kirchner, que promovió una fuerte política anclada en la “memoria, verdad y justicia”, y luego de la derogación de los indultos, la ley de Punto Final y de Obediencia Debida, las reivindicaciones públicas de la “guerra sucia” por parte de los marinos han sido prácticamente nulas. Como indica Badaró para el caso del Ejército, aunque esto mismo vale para la Armada, ello se debe a “la alta determinación y difusión pública de las acciones de las presidencias de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (2007-actualidad) en el campo de las memorias de los años setenta y los derechos humanos indicaron claramente al Ejército los marcos de interpretación y márgenes de acción aceptados por el gobierno respecto de sus posicionamientos públicos sobre este período de la historia argentina.” (Badaró, 2011) Fue justamente en este contexto, cuando el almirante Godoy realizó una profunda autocrítica institucional en el 2006 (Canelo, 2006: 263).

⁵ En la inmediata posguerra, el conflicto que tuvo mayor difusión en la prensa fue la sublevación del contraalmirante Horacio Zariategui, comandante del Área Naval Austral durante la guerra, tras una

“Quiero dejar bien en claro”

El 18 de junio de 1982, a sólo 4 días de la rendición, el almirante Jorge Isaac Anaya, Comandante en Jefe de la Armada y uno de los principales instigadores del conflicto, dirigió un mensaje a la fuerza naval en el que explicaba la derrota:

“Luego de un combate de tres días cayó Puerto Argentino, sobrepasado en su heroísmo por la acción mancomunada y la tecnología avanzada de dos potencias mundiales de primer punto. Cuando las acciones se libraron contra los enemigos visibles, la situación militar estaba controlada, pero cuando una segunda potencia participó en la forma activa en apoyo de la primera, entonces la situación comenzó a revertirse.” (*Convicción*, 18/06/1982)

En un contexto en el que las críticas provenientes de sectores externos e internos de la institución eran moneda corriente, el mensaje de Anaya venía a intentar dar respuesta a las mismas: el elemento determinante de la derrota había sido el apoyo norteamericano a las tropas inglesas; si ello no hubiera sucedido, el resultado hubiese sido otro.

Pero además de responder a los cuestionamientos, Anaya pedía tranquilidad “ante la adversidad” e instaba a sus subordinados a cerrar filas mediante un recurso tradicional de las FF.AA.: el culto patriótico a los muertos:

“Señalo con orgullo que en toda circunstancia el personal de la Armada tuvo un desempeño ejemplar.

Rindo mi homenaje a quienes cayeron en cumplimiento de su deber en Puerto Argentino, Grytviken, crucero “General Belgrano”, aviso “Alférez Sobral”, “Isla Borbón”, guardacostas de la Prefectura Naval Argentina, “Río Iguazú”, transporte “Isla de los Estados”, remolcador Forrest, Puerto Darwin y pilotos de la Primera y Segunda Escuadrilla Aeronaval de Ataque.

Las generaciones venideras reconocerán la grandeza de quienes lucharon con denuedo y con valor, y que una batalla perdida no les significó claudicar en sus convicciones.

Los pueblos retemplan su espíritu en la hora de adversidad y la institución debe hacerse en base a su cohesión y en un culto al coraje y al honor.

Vuestra causa es justa; de nuestro lado está la razón de la historia y la justicia.” (*Ídem*)

En este primer mensaje luego de la rendición, ya aparecen una serie de elementos que serán característicos no sólo de los discursos de los marinos sobre el conflicto, sino también de la memoria que todas las fuerzas estaban comenzando a construir: la casi nula autocrítica del propio accionar en la guerra y la fuerte presencia de elementos nacionalistas tradicionales. Ambos aspectos son aún más evidentes en la “orden de despedida” que Anaya pronunció el 2 de octubre de 1982, en el acto de asunción de su sucesor, el almirante Franco, como Comandante en Jefe de la Armada. En la Base Naval Puerto Belgrano, Anaya realizó uno de los intentos más claros y coherentes de encuadramiento de la memoria sobre el pasado reciente de la institución, estableciendo un verdadero marco de sentido para los dos principales acontecimientos que sucedieron durante su mando: la “lucha antisubversiva” y la guerra de Malvinas. Comenzó diciendo:

“Quiero dejar bien en claro que todos los integrantes de la Armada, sin distinción de jerarquías, cumplieron con su deber. (...) Antes de ese hasta siempre, con que un oficial de la Armada se

confrontación con el Comandante en jefe de la Armada, el almirante Anaya, que terminó en su relevo y pase a retiro. Ver: Verbitsky, 1984.

despide del servicio activo, deseo clarificar algunos hitos de este 1982 tan cargado de acontecimientos" (*Gaceta Marinera*, 07/10/1982).

Luego de reivindicar el comportamiento de sus subordinados, estableció una verdadera declaración de principios en torno al conflicto del Atlántico Sur y la lucha "contra el terrorismo". Respecto a esta última, afirmó:

"En cuanto a la acción librada contra el terrorismo, quiero ser también muy claro: la Armada combatió activamente la subversión y junto al Ejército y la Fuerza Aérea, la venció militarmente. Esa fue una guerra ganada, y que volveremos a ganar cada vez que se plantee en los términos con que se nos azotó a todos por igual. Gracias a esa victoria, fundada en la valiente actitud de todo el pueblo argentino, vivimos desde hace unos años una paz interna que estamos obligados a conservar." (*Ídem*)

En su mensaje no había ninguna originalidad: que la "lucha contra el terrorismo" combatida por las tres fuerzas había sido necesaria para conservar "la paz interna" y el ser nacional, que había sido una guerra contra un enemigo interno –la "subversión"– apoyada por "todo el pueblo argentino", que había sido una victoria militar y que allí donde se repitieran las condiciones que dieron origen a esos eventos, las FF.AA. estarían dispuestas a luchar otra vez para que la "bandera de la muerte" jamás reemplace "a la bandera celeste y blanca" (*Ídem*) fueron argumentos una y otra vez repetidos durante la dictadura, y también mucho después, y que negaban impunemente la realidad represiva (Hershberg y Agüero, 2005; Salvi, 2008; Vezzetti, 2007).

Respecto a la guerra de Malvinas, Anaya indicó desde cómo debía entenderse la ocupación de las islas hasta la derrota, para "que nadie sienta que fue una guerra inútil, infundamentada, irresponsable" (*Ídem*) como había señalado minutos antes el reciente comandante de la Armada:

"1) El ultimátum del gobierno de Gran Bretaña, amenazando el empleo de sus fuerzas para expulsar a un grupo de argentinos que trabajaba en las islas Georgias del Sur, fue el factor desencadenante de las operaciones que debimos iniciar en el Atlántico Sur.

2) Aceptar ese ultimátum hubiera significado callar para siempre nuestros reclamos. Eso se llama cobardía y no es propio de nuestra raza, que tanto combatió por la libertad de América.

3) Conscientes de la necesidad de no provocar males mayores, se ordenó la recuperación incruenta de nuestro territorio, aún a costa de vidas argentinas, lo que se cumplió mediante un operativo militar impecable, que dejó abierto el camino para las negociaciones que deseábamos fueran de buena fe, hechas con cordura y fundamentalmente justas de acuerdo con todos los antecedentes y reiteradas exhortaciones de los organismos internacionales.

4) Jamás, durante dichas negociaciones, se le dio a nuestro país la posibilidad de una salida digna. Ni el enemigo ni sus personeros aceptaron siquiera tratar nuestros derechos. Y fue la amenaza de una acción militar la contrapuesta a nuestra disposición a discutir todo, sin abandonar lo que por derecho nos pertenece.

Decidimos enfrentar el riesgo de las armas antes que una humillación. Estábamos seguros que el enemigo sufriría el daño con la rudeza criolla que respondió al atropello y que conmocionó al mundo entero.

Dije en otra oportunidad, y lo repito hoy, que los varones de esta tierra jamás midieron la magnitud del enemigo, cuando estaba en juego la justicia de la causa. Perdimos la batalla de Puerto Argentino, pero el mundo sabe ahora que lucharemos sin tregua hasta lograr la recuperación de nuestro territorio." (*Ídem*)

En una alocución plagada de reminiscencias históricas del pasado independentista, Anaya indicó claramente que –al contrario de lo que había establecido la ONU durante la guerra– Gran Bretaña había sido la potencia agresora, no Argentina. Su intransigencia ante el leve incidente en las islas Georgias no le había dejado otra opción a “nuestro país” que ocupar las islas para mantener en pie la reivindicación de la soberanía.⁶ No haber reaccionado era sinónimo de cobardía, lo que “no es propio de nuestra raza, que tanto combatió por la libertad de América” (*ídem*). Para continuar con la imagen tradicional de país pacífico, aún cuando inició una guerra, el almirante destacó que el operativo de desembarco había sido incruento para los isleños y las tropas inglesas, indicando que el objetivo de la ocupación de las islas fue sólo retomar las negociaciones con Inglaterra, cuestión a la que Argentina siempre estuvo bien dispuesta encontrando como respuesta una inflexibilidad “a siquiera tratar nuestros derechos”, que dejó como único camino la guerra.

Además, respondiendo a los críticos que veían al conflicto como una “aventura militar”, una guerra perdida aún antes de luchada por la indudable superioridad inglesa, Anaya indicó que ante todo y en primer lugar estaban los derechos argentinos, y el honor de nuestro país, y que ello iba más allá de la más elemental evaluación del enemigo al que había que enfrentarse. En definitiva, la causa Malvinas estaba por encima de todo y ese era el verdadero sentido del conflicto. Finalmente, y vinculado con ello, dejó en claro qué es lo que se había ganado en la derrota: el reconocimiento internacional de “la justicia de nuestra causa” y el saberse valientes, dignos herederos de los héroes del siglo XIX, capaces de arriesgar sus vidas con tal de defender lo que es propio, sin importar el enemigo.

Esta convicción de que existen “causas nacionales” que están por encima de todo se fundamenta en la historia y tradición de la institución, ya que una de las cuestiones que los historiadores navales constantemente han destacado del combate de Montevideo –el acontecimiento que se considera fundante de la Armada– es la inferioridad de condiciones en que se hallaba el almirante Brown al combatir contra la escuadra realista, y, que así y todo, luchó y triunfó porque la independencia del país se hallaba en juego.⁷ En este sentido, es evidente que la Marina –y en general todas las fuerzas– lo que pretendían era continuar con la

⁶ Nos referimos al leve incidente diplomático protagonizado por una empresa chatarrera argentina en las islas Georgias, que dio comienzo a una escalada diplomática aprovechada por la Junta Militar para adelantar la ocupación de las islas (que se venía planificando unos meses antes). El plan de la Junta consistía en ocupar las islas para reactivar las negociaciones diplomáticas, sin llegar a un enfrentamiento armado. Sobre estos temas y el desarrollo del conflicto en sí, ver el *Informe Rattenbach* disponible en: www.casarosada.gov.ar.

⁷ A principios del siglo XIX, las Provincias Unidas del Río de la Plata estaban en plena lucha por su independencia, todavía no declarada formalmente. El bastión realista español de mayor fuerza cercano a Buenos Aires se encontraba en Montevideo, el que era necesario derrotar para que “la Revolución” continuara. Entre 1812 y 1814, tropas del incipiente Ejército argentino y auxiliares orientales sitiaron por segunda vez a la ciudad con el objetivo de desabastecerla y lograr su rendición. Pero en realidad el golpe de gracia lo dio la improvisada flota al mando del comandante Brown, quien con medios definitivamente inferiores logró vencer a la escuadra realista en el combate naval del 14 a 17 de mayo. Esa acción, que fue la que terminó por definir la caída de Montevideo, se considera fundante de la Armada; de hecho, en 1960 se proclamó el 17 de mayo como el día de la Marina.

narrativa nacionalista clásica del pasado argentino que se había transmitido durante décadas en el sistema educativo y que formaba parte del “sentido común sobre la nación” de la mayoría de los argentinos (Romero, 2004). En ella, se otorgaba un lugar de privilegio a las guerras ganadas y los militares caídos en las batallas en tanto gestas gloriosas y héroes que se sacrificaron por la Patria en los orígenes de nuestro país. El conflicto del Atlántico Sur venía a ser una más de estas gestas y los caídos nuevos héroes a incorporar en el panteón. Cualquier otra interpretación de la guerra era considerada una “traición” –como afirmó Galtieri en su último mensaje como presidente (*Convicción*, 16/06/1982)– y los cuestionamientos o sospechas sobre las motivaciones de la ocupación, una “claudicación” a los intereses de las potencias colonialistas.⁸

La alocución de Anaya, fundante en la articulación del sentido que había que darle al conflicto del Atlántico Sur y a la “guerra antisubversiva”, ambas “luchas por la Patria” –desde la perspectiva militar–, se insertaba en esa matriz de sentido que le daba sustento. De hecho, y ciñéndonos a Malvinas, ese punto de partida ha dejado su legado hasta la actualidad, ya que esa ha sido la interpretación de la guerra que los marinos adoptaron y repitieron hasta el hartazgo en la mayoría de los discursos públicos y en los escritos en las publicaciones institucionales, tanto en las obras académicas como en las revistas destinadas al público en general. Los editoriales que cada año ha publicado *Gaceta Marinera* para el 2 de abril son quizás el caso más claro al respecto. Sólo para dar un ejemplo, en 1993 *Gaceta* comenzaba su editorial oponiendo la concepción de “guerra justa” a la imagen hegemónica del conflicto como medio de legitimación de una dictadura en crisis:

“El 2 de abril de 1982 la Argentina puso fin a casi ciento cincuenta años de usurpación por parte del Imperio Británico, quien nos despojó de las Islas Malvinas luego que los EEUU destruyeran sus instalaciones.

No fue la reconquista de las Malvinas, como algunos quisieron creer, un acto desatinado, un malabarismo político o una resolución adoptada impensadamente por quien buscaba un interés político.

El 2 de abril de 1982 se cumplió un destino inevitable, que muy posiblemente hubiera sido igual, con más o menos variantes, si la resolución la hubiera debido tomar otro gobierno o el mismo Congreso.” (*Gaceta Marinera*, 20/04/1993)

Luego de explicar los reclamos en el ámbito de las negociaciones internacionales y el respaldo de los organismos multinacionales a la posición argentina, el editorial se situaba en 1982:

“Cuando comenzó 1982 un incidente comercial sin absolutamente ninguna importancia fue asumido por Gran Bretaña como punto de fricción para poner fin a las conversaciones con Argentina, conversaciones que se hallaban estancadas por la intransigencia y total falta de interés de los ingleses en negociar con la Argentina (...). El punto final llegó cuando el gobierno británico amenazó con tomar represalias si no se cumplían sus exigencias.

Estas palabras inadmisibles entre dos países en tiempos de paz, constituyen de por sí una virtual declaración de guerra. ¿Cómo podía reaccionar la Argentina ante el avasallamiento de sus derechos por parte de una potencia extranjera que enviaba buques de guerra y submarinos nucleares a sus propias aguas, mientras amenazaba con tomar represalias si no se cumplían sus exigencias, las que por otro lado eran absurdas y abusivas?

⁸ Alegato de Anaya en los juicios por su responsabilidad en la guerra de Malvinas (*Gaceta Marinera*, 30/04/1990).

El gobierno dispuso la ocupación de las de Las Malvinas (...) El resto es demasiado reciente y está muy vivo en la memoria para siquiera poder mencionarlo sin que se nos quiebre la garganta. Varios centenares de los mejores hombres de la Patria dieron su vida en defensa de Las Malvinas, con heroísmo y determinación. El enemigo era atrozmente poderoso para combatirlo, y nuestros aliados insuficientes para formar frente, ante la defección del más importante de ellos que en lugar de cumplir con los tratados de asistencia recíproca prefirió alinearse con el agresor imperialista del viejo continente" (*Ídem*).

En el editorial están presentes todos los elementos propuestos por Anaya más de diez 10 años antes: la reivindicación de la soberanía de las islas como causa primera y fundamental de la guerra en el largo plazo; la percepción de Gran Bretaña como culpable de la guerra, por su intransigencia en las negociaciones y por un leve incidente diplomático en las Georgias –el verdadero detonante de la ocupación–; la disponibilidad permanente de Argentina para negociar; la derrota ante una respuesta desproporcionada de Inglaterra, y principalmente por el apoyo de EE.UU. a las tropas británicas; y también, el culto patriótico a los caídos “con heroísmo y determinación”. Se trata de un discurso contextualizado únicamente en el largo plazo, y en el corto, sólo en la arena internacional, pero en el que no hay lugar para las condiciones internas del país en 1982 (la crisis política, social y económica por la que estaba atravesando la dictadura). En el mismo, como indicábamos, el nacionalismo tradicional que alimentó la guerra y “la causa” continúa vigente, sin ningún tipo de autocrítica, ni al discurso ni al propio desempeño militar en las islas.

En todo caso, cuando aparece algún tipo de reconocimiento de los errores cometidos y de la inferioridad de condiciones respecto al adversario, ello se utiliza principalmente para realzar el valor y la entrega de los combatientes, pero evitando realizar una evaluación crítica de la actuación de la Armada, de las condiciones en que llegó a 1982, o de su insistencia en el desembarco. Al respecto, el discurso del almirante Molina Pico, veterano de guerra y ex-jefe de Estado Mayor de la Armada (1993-1996), en un acto por el trigésimo aniversario de la guerra, es un ejemplo paradigmático:

“No me referiré a la situación política que vivíamos en esa época ni al posible origen de la operación, dejemos eso a los historiadores y analistas políticos: esta es una reunión de camaradas, pues todos los veteranos cumplieron el rol sagrado de defender a la Patria que impone la Constitución Nacional a todos los argentinos. (...) Las guerras las deciden los ministros, los embajadores y los plurigalonados de las FF.AA., pero la terminan combatiendo los soldados en las trincheras, los marinos en su pequeño universo y los aviadores solos entre el cielo y la tierra; y son todos éstos, entre los que me incluyo, quienes hoy están aquí presentes. A ellos me dirijo tomándome el atrevimiento, como argentino, de agradecerles lo hecho y de felicitarlos por los logros. De felicitarlos, sí, pues es cierto que en la guerra no existen segundos premios, aceptamos con dolor el resultado, pero también sepamos que el éxito no estuvo muy lejos, es con esa idea que justificaré el porqué de mi felicitación:

No hubo preaviso ni entrenamiento o preparación especial previa, se combatió con lo que se tenía en el momento; no se esperó la llegada de renovaciones o aprovisionamientos de armamentos y equipamiento que hubieran cambiado el panorama. Tuvimos como enemigo a una potencia integrante de la NATO que, en lo que a lo militar, y situación política y económica se refiere, pertenece a un orden superior a nuestro país, sabiendo que a ella se aliaron en distinto grado, abierta o encubiertamente, la primera potencia mundial, otros países de la NATO y algún país de la región, podemos tener la certeza que la prueba que afrontamos no fue pequeña. Se realizaron

operaciones con una eficacia increíble, se lograron soluciones logísticas en las formas menos pensadas.

¿Que cometimos errores profesionales y humanos? Sí, es verdad, también cometimos errores y desaprovechamos ocasiones: nos fallaron torpedos, hubo bombas que no explotaron y problemas de coordinación operativa y de abastecimiento en el campo. En la teoría ideal no debería haber sido así, pero fue; no obstante, en casi todos los casos surgió como algo normal el heroísmo y la solución de problemas con elementos de fortuna, o sea, 'a la criolla'..." (*Boletín del Centro Naval* 832, enero-abril 2012).

Desde la perspectiva del marino, no se trata de preguntarse por qué no "hubo preaviso o preparación" previa o no se esperó la llegada de equipos más modernos, por qué los torpedos fallaron, las bombas no explotaron, las fuerzas no actuaron conjuntamente en lo operativo y logístico, o, en definitiva, por qué las FF.AA. enfrentaron a un país que en lo militar, político y económico "pertenece a un orden superior a nuestro país", sino de indicar todos esos elementos para realzar el "heroísmo" e ingenio de los combatientes argentinos ante una prueba que los superaba.

Los principales textos institucionales que sintetizan el accionar de la Armada en la guerra de Malvinas también retoman estos elementos, aunque en ocasiones matizan algunas variables o proponen otras nuevas. Una de las cuestiones que éstos destacan una y otra vez es el respaldo de la sociedad al conflicto, siguiendo la estrategia señalada de llamar a silencio a los críticos recordándoles su pasado compromiso con la guerra. Ello se ve en los dos capítulos correspondientes al conflicto del Tomo X de la monumental obra *Historia Marítima Argentina* realizada a instancias del Departamento de Estudios Históricos Navales, bajo la dirección del contraalmirante Laurio Destéfani y publicada en 1993. En el capítulo V, Destéfani afirma: "Mientras seguían las tratativas en la UN [Naciones Unidas] y en la OEA [Organización de los Estados Americanos], el pueblo argentino daba rienda suelta a su entusiasmo en la Plaza de Mayo, en las capitales de las provincias y en toda ciudad de importancia. Reconocía que la Operación Malvinas era justa y llenaba una antiquísima aspiración nacional." (1993:129)

Además, en ambos capítulos el autor justifica claramente el repliegue de la flota de guerra al litoral atlántico luego del 2 de mayo. En el capítulo XVIII, se detalla cada uno de los factores que "pesaron en el análisis de los altos mandos navales": la amenaza de los submarinos nucleares en la zona y la determinación a usarlos, el convencimiento que los británicos disponían de información satelital de los movimientos de las unidades argentinas, la resolución inglesa de llevar el conflicto hasta sus últimas consecuencias, la percepción de la inferioridad de condiciones de la flota nacional frente a la británica en caso de un enfrentamiento, y, por último, el temor que una gran cantidad de bajas en las unidades navales podría ser aprovechado por Chile para atacar el continente. Al finalizar esta enumeración, afirma: "Ante estos argumentos, se decidió que la Flota de Mar permaneciera como "Fuerza Naval en potencia", alerta en la zona costera de bajas profundidades, al abrigo de posibles acciones submarinas británicas.(...) Las circunstancias favorables para el empleo de las fuerzas navales de superficie en la zona Malvinas lamentablemente no se concretaron" (1993: 533).

Estos argumentos también son señalados por el contraalmirante Horacio Mayorga en la obra más general sobre la guerra de la Armada, *No Vencidos. Relato de las*

operaciones navales en el conflicto del Atlántico Sur, realizada en base al informe de la Comisión de Análisis de Acciones de Combate, una entidad constituida en la inmediata posguerra para evaluar las acciones de los diferentes componentes navales, que el autor integró. En el prólogo, Mayorga aclara: “La Armada no pudo combatir en la forma clásica que conocemos a través de otros conflictos mundiales. No peleó así porque no se presentó la oportunidad, que estuvo tan próxima aquel 1º de mayo de 1982 (...). Pero sus hombres, casi todos sus hombres, dieron muestra cabal de su valor, dentro de los planes que rigieron su accionar.” Y finaliza con una advertencia: “Cuidado entonces de no caer en críticas que no son otra cosa que el producto de no haber asimilado el impacto de la derrota, el “síndrome Malvinas”” (1998: 16). Justamente por ello el autor denomina al libro *No vencidos*, “porque el “TIEMPO” de Malvinas fue un “tiempo de derrota” para el país politizado, pero para los hombres de armas, y sobre todo para nuestros muertos, es “TIEMPO DE HONOR”.” (1998:8)⁹

En *No vencidos*, Mayorga pretende “poner en conocimiento del público en general y de las generaciones futuras el desarrollo de las operaciones navales de ese conflicto, para que se sepa cómo combatieron los hombres de la Armada” (1998:14). Si bien el autor busca reivindicar constantemente la acción de la Marina en la guerra y su intencionalidad de justificar el desempeño naval es evidente en cada página, no por ello se sustrae al análisis de las desinteligencias interfuerzas y los errores cometidos, sobre todo por la plana mayor, y por momentos es sorprendentemente crítico. En este sentido, constituye una excepción a la mayoría de los discursos que conforman la memoria oficial.

La obra recorre uno a uno los acontecimientos protagonizados por las distintas unidades navales. Ahora bien, aunque parece ser un relato integrador, el mismo autor advierte que no va a abordar el desempeño de algunas unidades: “... tampoco [hemos descrito] las tareas cumplidas por el Apostadero Naval, el grupo de mercantes, etc., todo ello en beneficio de mantener la atención sobre los sucesos principales” (1998:127).

Al leer esta aclaración, la pregunta que se nos presenta es clara: ¿Cuáles son los “sucesos principales” desde la perspectiva del autor, que, al fin y al cabo, representa la mirada de la institución¹⁰? En general, ¿cuáles han sido los acontecimientos, actores y lugares privilegiados en la memoria oficial de la Armada para legitimar su cuestionada participación en la contienda bélica? Y más importante aún, ¿cuáles han sido los criterios que fundamentan la selección entre

⁹ En su relato también podemos encontrar los cruces entre Malvinas y la represión ilegal, cuando defiende “nuestra lucha antisubversiva” (1998:108). Tenemos que tener en cuenta que Mayorga era el jefe de operaciones navales cuando se produjeron los fusilamientos en la Base Almirante Zar en 1972, y luego, en los primeros años de la democracia, tuvo gran repercusión pública por ser el defensor de represores como Chamorro y Astiz en los juicios llevados a cabo por la Justicia Militar. Su continua demanda por una ley de amnistía y sus impugnaciones de la actuación de los organismos de DD.HH. fueron muy publicitadas en su momento.

¹⁰ Si bien el autor aclara constantemente que el libro no es la versión oficial de la Armada sobre la guerra, lo cierto es que antes de publicar el texto pidió autorización al entonces jefe del Estado Mayor General Naval, el almirante Molina Pico, quien le permitió acceder a “toda la información con que cuenta la Armada sobre la materia” (1998:13). E incluso, él es quien le prologa el libro. Con lo cual puede suponerse que existe en el relato una fuerte identificación entre la mirada del autor y la institucional; lo cual es evidente, por otra parte, cuando se analizan otras fuentes navales.

“sucesos principales” y aquellos que no lo son? Estos interrogantes serán los ejes del próximo apartado.

Entre héroes y tumbas

La Operación Rosario, es decir el operativo de desembarco el 2 de abril, ha sido uno de los “caballitos de batalla” de la institución para reivindicar su participación en el conflicto y la sangre derramada, desde el mismo momento de su ejecución hasta el presente. Ya en el mensaje de despedida del almirante Anaya aparecían los atributos que los marinos han destacado constantemente de la Operación: que fue “impecable” en su planificación e “incruenta” en su ejecución, característica fundamental para no “manchar” la imagen nacional en los organismos internacionales y poder retomar las negociaciones.

Fuera de toda duda, el libro que más ha contribuido a forjar el mito del “éxito naval” del 2 de abril es *Operación Rosario*, que reúne los testimonios de los jefes de las distintas unidades que participaron en el mismo y fue publicado por primera vez en 1984 (al presente ya lleva tres ediciones). En su presentación, el contraalmirante Carlos Büsser¹¹, comandante de Infantería de Marina en 1982 y responsable de la Operación, construye los cimientos del mito:

“En estas páginas el lector no debe buscar el detalle de las negociaciones políticas de alto nivel que llevaron a ejecutar la operación, ni sus fundamentos estratégicos, ni la apreciación política y estratégica militar que se realizó para determinar la fecha y forma en que se hizo. Tampoco debe buscarse el detalle o las motivaciones de las decisiones y acciones posteriores al 2 de abril ni referencias a las acciones llevadas a cabo en Georgias el 3 de abril. Este es, exclusivamente, el relato de cómo la Fuerza de Desembarco planificó y ejecutó la operación de recuperación de las Islas Malvinas.

Esta Fuerza de Desembarco dio por finalizada su misión el mismo día 2 de abril en horas de la tarde y el día 3 ya se encontraba, casi por completo, de regreso en sus alojamientos normales de la Argentina continental.

Cometerá un error el que busque en estas páginas acusaciones, reproches o imputaciones. No los hay. El éxito fue completo...” (1984:8).

La estrategia utilizada por Büsser para reivindicar el 2 de abril, y por extensión la participación de la Armada –y principalmente de la infantería de marina–, es evidente. Al centrarse exclusivamente en las acciones militares de la Operación Rosario y en la experiencia de los oficiales que dirigieron las mismas, el autor construye un relato aislado tanto de los pasos previos al 2 de abril, que nos ayudarían a entender mucho mejor la “urgencia” del mismo –como señala el autor previamente–, así como del desenlace de la guerra –la derrota aparece disociada al desembarco. Mediante ambos recursos, Büsser conduce a la reivindicación del operativo como “exitoso”, porque la fuerza naval logró el objetivo de recuperación de las islas, por la excelencia en su planificación y ejecución y porque cumplió con el secreto militar y con la orden de no derramar sangre enemiga ni civil, ni infligir daños en las propiedad privadas.

¹¹ Büsser fue el principal “emprendedor de esta memoria” (Jelin, 2002) del operativo de desembarco. Sus presentaciones públicas, la gran cantidad de artículos y libros publicados, y su accionar para organizar los actos en conmemoración al 2 de abril dan cuenta de ello.

Para enfatizar lo “exitosa” que fue la Operación, el autor destaca una serie de elementos encomiables de la misma. Los atributos no son elegidos al azar. Cada uno de ellos da la posibilidad de oponerse a las principales críticas realizadas por diversos actores a la actuación militar en las islas, muchas de ellas referidas al desempeño del Ejército. Si uno de los cuestionamientos primordiales fue la improvisación en lo operativo y principalmente en lo logístico, Büsser destaca que en el libro “será posible apreciar la prolijidad del planeamiento realizado, la profundidad de los análisis y el extremo cuidado y empeño puesto por cada uno” (1984:8) en la puesta a punto del material y en el adiestramiento, y que “la actividad logística de respaldo de la operación fue excelente” (1984:10). Además, a las críticas por la casi nula coordinación y planificación conjunta entre las fuerzas, el autor responde indicando que en el operativo de desembarco “se pudo comprobar el alto nivel de cooperación y de adiestramiento de todas las unidades de la Armada y la capacidad desarrollada para trabajar conjuntamente con tropas del Ejército, con las que se mantuvieron no sólo cordiales relaciones de tipo personal sino que además se ejecutaron operaciones militares en estrecha coordinación” (*idem*). Frente a la imagen del conscripto como “chico de la guerra” superado por las circunstancias y abusado por sus superiores que se había difundido ampliamente en la posguerra (Guber, 2001), Büsser se sitúa en las antípodas afirmando que “los jóvenes conscriptos estuvieron a la altura de las circunstancias” y que “fueron buenos combatientes, valerosos y esforzados...” (1984:9). Por último, ante los cuestionamientos de la capacidad de la Marina en 1982, el autor señala:

“... Ningún jefe ni ningún conjunto de hombres puede conformar una organización militar eficiente y capaz de realizar una operación como la que se ejecutó, si no hay una capacidad previa totalmente desarrollada, tanto en la doctrina, como en los conocimientos y preparación del personal y el material disponible. El hecho de que esto fuera una realidad en la Armada a principios de 1982, es un mérito atribuible a todos aquellos que a lo largo del tiempo trabajaron y perfeccionaron a esta fuerza.” (1984:10)

En definitiva, Büsser construye un relato descontextualizado, en el que sólo ilumina la Operación Rosario dejando toda otra consideración previa o posterior entre sombras. Sin embargo, deja entrever un mensaje claro: cuando la infantería de marina se hizo cargo de la planificación y ejecución de las acciones, “todo iba sobre rieles”; el problema fue –parece decir– cuando el plan original de “ocupar para negociar” no dio resultado y luego Ejército tomó cartas en el asunto. Así las FF.AA. terminaron derrotadas.

Además, en el desembarco en las islas se produjeron las primeras muertes de la guerra, con el peso simbólico que conllevan. Los cuatro caídos entre el 2 y 3 de abril –Giachino, Guanica, Águila y Almonacid– han sido objeto de continuo recuerdo y conmemoración desde el término de la guerra. Pero indudablemente fue Giachino, el primer muerto en la guerra, el que la Armada destacó como la figura emblemática del héroe naval. De hecho, en el listado de “Héroes Navales” que la fuerza incluye en su página web, sólo aparecen dos caídos en Malvinas y uno de ellos es Giachino. En el sitio virtual, se explican las causas de su inclusión:

“La Armada Argentina reconoce en el Capitán Giachino al arquetipo del jefe, que lidera a sus hombres en combate asumiendo personalmente los riesgos mayores y que, ante órdenes recibidas, las ejecuta puntillosamente, aún a costa de su propia vida. No delegó en sus subordinados la tarea más peligrosa. La tomó para sí, lo que es privilegio de los grandes.”

Entonces, elegir la Operación Rosario como uno de los elementos claves en la memoria oficial de la Armada, le permite a la institución no sólo destacar acciones de enfrentamiento bien desempeñadas y “exitosas” sino también hablar de la sangre derramada por su personal y de los valores y tradiciones que la institución desea transmitir a las nuevas generaciones: la disciplina, valor y abnegación que debe caracterizar a todo buen líder, para estar al frente de las tropas y saberlas conducir pero también para estar dispuesto a dar la vida por la misión y por sus subordinados; esto en fiel cumplimiento de la tercer “Ley del Honor Naval” que indica que “El puesto del superior es siempre el de mayor peligro”.¹²

Asimismo, otro de los elementos privilegiados por la Armada en la construcción de su memoria pública involucra al mismo componente naval: el desempeño del Batallón de Infantería de Marina N°5 (BIM 5). Esta unidad, que estuvo en primera línea y combatió en las principales batallas de Puerto Argentino desde el 12 al 14 de junio, tuvo un gran desempeño en las islas y fue la última en replegarse. Ya en junio de 1982, el comandante del Área Naval Austral, contraalmirante Horacio Zariategui, comenzó a construir la imagen de la unidad como excepcional cuando da un discurso de bienvenida a los integrantes del BIM 5 que recién regresaban de las islas. En una sala repleta de periodistas, el oficial señaló:

“Estamos aquí para recibir a un batallón que recibía la orden de contraatacar cuando, simultáneamente, se daba la orden de izar la bandera blanca. (...). Un batallón que se rindió porque le dieron la orden, pero que mantuvo hasta el último momento su organicidad. Un batallón que demostró su eficiente preparación y cuyo comandante permaneció en su posición hasta que el último de sus hombres pudo retirarse. (...) Este batallón –remarcó-, que no tiene desnutridos y no entregó una sola arma sana al enemigo (...), este cuerpo supo hacer honor a su tradición, a la Armada Argentina y al país todo.” (*Gaceta Marinera*, 01/07/1982)

Luego, autorizó a los soldados a permanecer en el recinto para hablar con los periodistas y ordenó a los suboficiales y oficiales retirarse para que no se sospechara de condicionamientos. Gran cantidad de medios de comunicación publicaron testimonios de los conscriptos que confirmaban la imagen del Batallón dada por Zariategui. Por ejemplo, la revista *Siete Días* publicó una nota de varias páginas bajo el título “Los combatientes del BIM 5 y sus testimonios sobre la guerra: ‘Ellos eran mil. Nosotros 87. Y los paramos’”, acompañada de fotos de conscriptos alegres y en perfectas condiciones, y de entrevistas a soldados. En el primer párrafo, el cronista indica:

¹² Las cinco Leyes de Honor Naval son constitutivas de la tradición naval. Éstas aparecen en manuales institucionales, como el Manual del Cadete Embarcado (Guber, 2008), y en publicaciones navales (*Gaceta Marinera*, 15/09/1986). Las cuatro restantes son: Ningún buque argentino deberá caer en manos del enemigo; Todo buque argentino se hundirá, antes que rendir el pabellón; Ningún hombre de mar abandona a un camarada en peligro; Las Tradiciones del servicio son exponentes de honor y respeto y el deber de todo Oficial de Marina es mantenerlas y enaltecerlas, como base del prestigio de que goza la Armada.

“No tienen la imagen de la derrota, ni tampoco la soberbia de quienes creen haber vencido. Estos chicos no se engañan. Ni se resignan. Pese a que no pueden ocultar su dolor por un regreso sin victoria, no se muestran abatidos ni apesadumbrados. Todos saben, o presienten, o confían en que aún no se ha dicho la última palabra.” (*Siete Días*, 30/06/1982)

El resto de la nota incluía transcripciones de las entrevistas. En una de ellas, ante la pregunta sobre su alimentación, varios soldados respondieron: “(Comíamos) guiso, polenta, lentejas. Siempre tuvimos comida” (*Ídem*). Lo mismo aseguraron respecto a la vestimenta, municiones y correspondencia: “no nos faltó nada”, decía un conscripto, porque “nuestro comandante se ha preocupado mucho por nosotros” (*Ídem*). Además, los testimonios de los soldados construían una imagen profesional del Batallón, que había logrado combatir de igual a igual con las tropas inglesas por su gran entrenamiento y preparación, y, de hecho, la orden de repliegue los había sorprendido preparando un contraataque:

“-Muchachos esto parece increíble... ¿puede ser que un batallón de casi mil hombres no les haya provocado ninguna baja a ustedes que eran 87? ¿Puede ser?

-Sí, puede ser, porque yo estuve allí. Yo estuve allí en primera línea y conozco a todos mis compañeros. Puede ser porque cuando nos replegábamos a nosotros nos apoyaba la artillería. Ellos avanzaban, o se quedaban cuerpo a tierra. Eran blancos relativamente fáciles. Nosotros habíamos salido de la línea de tiro de ellos, y estábamos bien atrincherados. Puede ser porque ellos atacaban a cuerpo gentil y nosotros los esperábamos en posición, bajo tierra y disparábamos desde dentro.

-¿Qué pasó después de esas dos horas que lograron retener al enemigo?

-Esperamos hacer un contraataque (...) cuando se venían los ingleses a tomar Monte Williams íbamos a lanzar el contraataque. Pero entonces llegó la orden superior de repliegue.

-(...) ¿Estaban ustedes en perfectas condiciones físicas, anímicas y militares como para encarar ese contraataque?

-Sí, estábamos dispuestos. El BIM 5 estaba para seguir.” (*Ídem*)

La comparación con el desempeño de las tropas de Ejército era evidente para cualquier lector de la época y en un contexto en el que las denuncias por las pésimas condiciones en que habían estado los conscriptos en el conflicto eran moneda corriente. Algunas de las críticas que tuvieron más fuerza a la hora de construir la imagen del soldado como “chico de la guerra” fueron: el abandono del conscripto en el frente por la poca presencia de los oficiales en las trincheras o el abuso de éstos hacia sus subordinados; la carencia de víveres, ropa de recambio, agua y municiones; la vida en posiciones por más de dos meses sin rotación, entre otras. Como consecuencia, se difundió una imagen del soldado enfrentado a condiciones inhumanas que lo superaron mucho antes del ataque inglés, y que al momento del mismo sólo atinó a huir, replegarse desesperadamente, abandonando su posición (Guber, 2001; Lorenz, 2006).

El contraste entre esa imagen hegemónica y los testimonios de los soldados del BIM 5 era tan evidente que incluso el periodista se vio obligado a aclararlo:

“... esta gente de infantería de marina (el único batallón de la Armada que combatió en Malvinas; el último que entregó sus armas) aporta un panorama distinto del que dieron otros soldados, con el fantasma del hambre, del frío, de la falta de municiones y de la aparente carencia de coordinación entre las fuerzas. Esta gente de la Armada inclusive asegura que no se rindió.” (*Ídem*)

Asimismo, este énfasis en el gran desempeño de infantería de marina, en comparación con las tropas de Ejército, lo podemos encontrar en el libro *Desde el Frente. Batallón de Infantería de Marina Nº5* escrito en 1996 por su comandante en la guerra, el contraalmirante Carlos Robacio, y que ya va por su cuarta edición. Esta obra es la referencia obligada para conocer la participación de la infantería de marina en 1982 y se ha convertido en un “vehículo de memoria” (Jelin, 2002) de importancia capital. En un relato de casi 500 páginas, el autor pretende destacar el comportamiento ejemplar y excepcional de todos sus integrantes en la guerra, por el gran entrenamiento y preparación que habían tenido. Para ello incluye las voces de los “adversarios” en el texto, y destaca constantemente el trato diferencial que gozaron como prisioneros por el respeto y consideración hacia su accionar.

En el prólogo del libro, Robacio señala que “bajo ningún punto de vista” es su intención “demostrar que alguno estuvo mejor que otro, como ya ha ocurrido. Ni tampoco mostrarnos como perfectos, y distamos mucho de serlo”. Sin embargo, sólo una página más adelante, y con la excusa de destacar el accionar de las tropas de Ejército, indica claramente cuáles fueron sus falencias: “...comprender el inmenso valor de aquellos que aún careciendo de un adecuado adiestramiento, adaptación al ambiente y con escasos elementos, enfrentaron la acción con un sacrificio, esfuerzo y determinación encomiables.” (2004: s/n) La comparación es imposible de pasar por alto en un relato en el que el profesionalismo y entrenamiento de la unidad que además ya estaba aclimatada (puesto que su cuartel estaba en Río Grande), son dos de los ejes principales.

Por tanto, elegir la experiencia del BIM 5 en el frente de batalla, le ha sido funcional a la Armada no sólo para demostrar que participó en la guerra y que combatió en primera línea, sino principalmente para destacar que el desempeño de sus tropas fue mucho mejor que el de Ejército. De hecho, el mensaje solapado, y a veces no tanto, es el mismo que analizábamos para el caso de la Operación Rosario. En palabras de un oficial “si la preparación hubiera sido pareja, en general, no sólo creo que el resultado hubiera sido distinto, sino todo lo contrario de lo que fue” (*Gaceta Marinera*, 01/07/1982). Inclusive, muchos relatos al centrarse únicamente en la experiencia de la Armada en el frente de batalla, dejando de lado a quienes integraban la mayor parte del dispositivo de defensa – las tropas de Ejército–, discuten la decisión de rendirse.

Además, al igual que en el caso de la Operación Rosario, también estos actores y los acontecimientos que protagonizaron permiten destacar una serie de valores tradicionales de la Marina para transmitir a las nuevas generaciones: la disciplina pero también la inventiva, la relevancia del entrenamiento, el valor, la disposición a morir por la Patria, entre otros. Ello es evidente cuando se reseña la vida de Castillo, un suboficial del BIM 5 que murió en las islas, en la página web de la Armada (él es el otro caído en Malvinas incluido en el listado de “Héroes navales”):

“...Murió sin amilanarse, en combate, abriendo senda y transformándose en un vivo ejemplo para los Infantes de Marina.

El Suboficial Segundo de Infantería de Marina Julio Saturnino Castillo, Héroe de la guerra de Malvinas recibió la máxima condecoración: La Nación Argentina al Heroico Valor en Combate por “Rechazar en forma individual y por propia iniciativa, el ataque de una fracción enemiga produciéndole severas bajas, posteriormente perseguirlas y continuar combatiendo en permanente y ejemplar actividad de arrojo hasta ofrendar su vida...” (Bastardillas en el original).

Otro de los actores que ha sido fuertemente destacado desde 1982 hasta la actualidad es Aviación Naval. Este componente tuvo su “bautismo de fuego” en Malvinas el 4 de mayo, cuando pilotos de la Segunda Escuadrilla de Caza y Ataque hundieron el buque Sheffield. Los relatos de este acontecimiento llegaron a ribetes legendarios aún durante la guerra, porque a falta de operaciones en tierra y en el mar, el accionar de la Fuerza Aérea y Aviación Naval fue muy publicitado.

El hundimiento del Sheffield ha sido uno de los hitos que permanentemente destacó Aviación Naval para reivindicar su actuación, no sólo por ser su bautismo de fuego, que la institución estableció como “Día de la Aviación Naval” de allí en más, porque en esa acción se hundió el primer buque y por lo que significó dejar fuera de combate a una nave dos días después del hundimiento del Crucero General Belgrano, sino también por haber sido una operación inédita a nivel mundial. Era la primera vez que se lanzaban misiles anti-buques desde aviones de ataque con la combinación Super Etendard-Exocet, logrando un resultado exitoso. Todos estos elementos fueron indicados por el entonces comandante de Aviación Naval, contraalmirante Moya, en el mensaje por el aniversario de creación de la institución en 1983: “[En la guerra] hubo heroísmo, sí, pero fundamentalmente profesionales concientes. Las batallas se ganan destruyendo sin dejarse destruir y Gran Bretaña, nuestro enemigo, no creyó en nuestra capacidad de daño hasta que los hechos la llevaron a la realidad”. Luego de indicar mediante cifras las acciones realizadas, los recursos con que contaban y los resultados obtenidos, destinó el último párrafo para hablar sobre el hundimiento del Sheffield: “Ese día la Armada Argentina abrió a los ojos del mundo un nuevo capítulo en la doctrina de las operaciones aéreas navales. Ese ataque produjo una sustancial modificación en el empleo de las fuerzas navales británicas, imponiendo de allí en más, y por la amenaza potencial que significaba, un gran esfuerzo adicional para contrarrestarla...” (*Clarín*, 13/02/1983).

Uno de los vectores de la memoria que más ha alimentado esta imagen de los pilotos navales es lógicamente el Tomo III de la *Historia de la Aviación Naval Argentina*, íntegramente dedicado a la contienda bélica y realizado a instancias del Departamento de Estudios Históricos Navales bajo la coordinación del contraalmirante Héctor Martini. La obra, publicada en 1992, comienza con la dedicatoria a los pilotos que “dieron su vida por la Patria” y el prólogo del contraalmirante Arguindeguy, quien en su primer párrafo cita algunos fragmentos de la tan publicitada carta que Clostermann, el “as” del aire de la Segunda Guerra Mundial, le envió a los pilotos argentinos ni bien finalizado el conflicto:

“La **Historia de la Aviación Naval de la Armada Argentina** cumple hoy un nuevo solo: dá a publicidad un **Tercer Tomo** de su largo y glorioso historial, que comprende su actuación protagónica en la **Guerra del Atlántico Sur**, gesta de la que el aviador francés **Pierre Clostermann** dijera:

“Nunca en la historia de las guerras, desde 1914, tuvieron aviadores que afrontar una conjunción tan terrorífica de obstáculos mortales (...). Vuestro valor nos ha deslumbrado y no sólo el pueblo argentino **no debe olvidaros nunca**, sino somos muchos los que en el mundo estamos orgullosos de que seáis nuestros hermanos pilotos”. (1992:11; Realzado en el original)

La obra es un relato pormenorizado y técnico de los vuelos de las escuadrillas antisubmarinas, de ataque, exploración, reconocimiento, rescate, de helicópteros y de sostén logístico; una enumeración de las acciones realizadas por cada una y de los resultados obtenidos. Para luchar contra la imagen de fanáticos o suicidas que la prensa difundió en la guerra para hacer referencia al accionar de los pilotos por el altísimo riesgo que corrían, a lo largo del texto Martini destaca una y otra vez que los triunfos logrados o las misiones cumplidas se deben al entrenamiento, profesionalismo y coraje de los pilotos, y ellas son aún más destacables por la inferioridad de condiciones en que se hallaban.

Esta imagen de la actuación de Aviación Naval en el conflicto, alimentada también por la “campaña” de prestigio llevada a cabo por Fuerza Aérea en la posguerra (Guber, 2007), se actualiza en cada aniversario del 4 de mayo y en ocasiones de fuerte peso simbólico, como las “fechas redondas”. El número especial de *Gaceta Marinera* por los 30 años de la guerra dedica una nota a los pilotos navales. En la cita elegida para el epígrafe aparece claramente cuáles son los valores y principios que la Armada pretende transmitir al futuro al difundir estas acciones: “Sólo confían en la disciplina, el estudio y el entrenamiento intenso. Conocen el riesgo, aún en los adiestramientos, lo aceptan y lo vencen con la capacidad desarrollada. No con la improvisación. Aman la vida.” (Rubén Benítez, *La Nueva Provincia*, 1985, en: *Gaceta Marinera*, abril 2012)

Ahora bien, si hay un emblema de la Armada vinculado a la guerra Malvinas, este es sin ninguna duda el hundimiento del Crucero General Belgrano, un buque insignia de la institución por sus dimensiones y por su historia en la fuerza.¹³ En esa acción murieron 323 personas, la mitad de los caídos totales en la guerra, lo que representa el 82% del total de muertos en operaciones navales, y, por tanto, es el símbolo más dramático de la participación de la flota en el conflicto.

Sin embargo, el sentido del acontecimiento ha sido motivo de controversia desde el mismo 2 de mayo de 1982 hasta la actualidad. Ya a principios de ese mes, los medios de comunicación denunciaron la acción como una flagrante violación a las Convenciones de Ginebra por haber sido hundido fuera de la Zona de Exclusión Marítima declarada unilateralmente por Inglaterra. El 6 de mayo, *Gaceta Marinera* denunciaba:

“El torpedeamiento del Crucero “General Belgrano”, que se mantenía fuera de la zona declarada por el Reino Unido como de exclusión marítima y sujeta de hostilidades, ha resultado aquí un hecho desencadenante de graves emociones. Hay sorpresa en la imaginación y rabia contenida en los corazones (...). No se trata de no dar o que no se dé cuartel. Ese es un aspecto de exclusivo resorte militar. Se trata de que la guerra tiene reglas de adaptación a los valores de la civilización que hoy están suprimidas. También ésta ya es una guerra salvaje, desprovista de todo viso de respeto y caballerosidad.”

¹³ Cuando la Armada Argentina lo compró en 1951, el Crucero USN “Phoenix” había sido desafectado unos años antes. Veterano de la II Guerra Mundial y sobreviviente de Pearl Harbour, el Crucero ya había cumplido su ciclo para la Marina estadounidense. El buque fue comprado a los EE.UU. durante el gobierno peronista y denominado “17 de Octubre”. En 1955 participó en la autodenominada “Revolución Libertadora” bajo la comandancia del almirante Isaac Rojas. Inmediatamente, y ante tan controvertida denominación, fue re-bautizado “General Belgrano”, y siguió en servicio activo hasta 1982.

De aquí en más, se dio comienzo a un arduo debate, tanto en Argentina como en Gran Bretaña, que incluso llevó a los familiares de los caídos a hacer presentaciones en tribunales internacionales para que se reconozca la acción como un crimen de guerra. Al hecho de haber sido hundido fuera de la Zona de Exclusión, se sumaron otras denuncias como que su ataque fue una mera estrategia política de la Primer Ministro Británica Margaret Thatcher para llegar a un punto de no retorno en las negociaciones, que se trataba de un buque antiguo completamente indefenso ante un submarino nuclear y, por ende, que no representaba una verdadera amenaza para Inglaterra.

Para la Armada el hundimiento del Crucero era la acción ideal para presentar a Gran Bretaña como agresora en el conflicto. En 1983, en el acto de inauguración del monumento a los caídos del Crucero en la Base Naval Puerto Belgrano, el comandante de la Flota de Mar, contralmirante Morris Girling, dejaba en claro la posición de la Armada sobre el hundimiento al considerarlo una “afrenta”:

“Digo afrenta, porque si es cierto que sólo la victoria debe estar presente como única meta en la conciencia de quien combate y en este sentido virilmente admitimos que aquel hundimiento se encuadraba en esta noción de la guerra, no es menos cierto que es poco el respeto que se merece un enemigo que preanuncia que actuará en un área para hacerlo después en otra, que se sirve de lo más sofisticado e insidioso para batir un blanco que no podía defenderse de modo equivalente y que aún condecora a los autores de tal acción. Nada o casi nada arriesgaron, pues, quienes hace un año abatieron al “General Belgrano”; para hacerlo sumaron contra un buque que entrara en servicio hace cuarenta y cinco años, y que por carecer de misiles no representaba mayores riesgos para la flota enemiga, que por ello sólo desempeñaba una tarea de patrulla en un área lateral, toda la inmensa capacidad y la desmesurada ventaja que otorgaban la información precisa del satélite de inteligencia de sus aliados de entonces, más la gran velocidad, profundidad de operación y sofisticada precisión y efecto de los sensores y armas de un moderno submarino nuclear. Detengamos aquí la evaluación de lo hecho por el enemigo. Pero debe antes decirse que si alguna vez se admitió en el mundo que sus armas navales merecieron gloria en el curso de su historia, es evidente que el 2 de mayo de 1982, Inglaterra bastardeó la memoria de sus héroes con un hecho de guerra deleznable.” (*Gaceta Mariner*, 11/05/1983)

Si bien el comandante definía la acción como “hecho de guerra”, realizaba una crítica lapidaria a la “flota enemiga” que no reparó en ningún límite con tal de llegar a la victoria. Desde esta perspectiva, los tripulantes del Belgrano fallecieron sólo por una decisión política del gobierno inglés de llevar el enfrentamiento hasta las últimas consecuencias en un acto “sin gloria” ya que no disponían de ningún tipo de defensa. Por ende, son las nociones de sacrificio e inmolación las que aparecen en primer plano. En la inmediata posguerra, para la Armada, los caídos del Crucero son “mártires”, su muerte un “holocausto” y la acción una “tragedia”, como indica claramente el Comandante en Jefe de la Armada, almirante Franco, en el primer aniversario del hundimiento:

“Al cumplirse un año del holocausto del Crucero “General Belgrano” rendimos solemne homenaje a nuestros camaradas muertos en la acción y sepultados en la profundidad del Mar Argentino. (...) Estamos junto a padres, esposas, hermanos e hijos que aportan su amarga cuota de sufrimiento por la eterna ausencia de quienes inmolaron su vida por la Patria. Llegue a todos ellos, hasta el más lejano rincón del país, la calidez solidaria de la Armada. Percibimos claramente que todas las naciones de Latinoamérica comparten fraternalmente nuestra pena. Pero también saben de nuestra hidalguía y de nuestro orgullo por estas heroicas ofrendas. (...) La injusticia fortalece nuestra decisión en el logro del objetivo.

El sacrificio de los hombres del Belgrano y el Sobral no ha sido ni será estéril. Este homenaje lleva el firme compromiso de ofrendarles nuestro triunfo el día de la victoria final. Esa es nuestra meta; no claudicaremos hasta conseguirla.” (*Gaceta Marinera*, 11/05/1983)

Sin embargo, esos argumentos tuvieron el efecto de *boomerang* para la Armada, porque comenzaron a multiplicarse las críticas a la institución por haber arriesgado vidas inútilmente, tal como veíamos anteriormente en el informe atribuido a Crespo. Frente a estos cuestionamientos, y ante aquellos que acusaban a la Marina como culpable de la derrota por su inacción, la Armada paulatinamente cambió su estrategia y comenzó a construir una memoria en la que, si bien destacaba el “sacrificio” de “los caídos por la Patria”, acentuaba que la acción había sido un “hecho de guerra” con todas las de la ley y los caídos en vez de víctimas debían ser considerados “héroes”. Sin dudas, el gran emprendedor de esta memoria del hundimiento del Crucero, fue su último comandante, el capitán de navío Héctor Bonzo, quien en cada oportunidad que tuvo repitió públicamente los siguientes conceptos que indica en su libro *1093 tripulantes del Crucero ARA General Belgrano. Testimonio y homenaje de su comandante* (publicado por primera vez en 1992 y que ya va por su tercera edición)¹⁴:

“Tanto es impropio aceptar que el Crucero ARA *General Belgrano* estaba paseando por los mares del Sur, como decir que el ataque del HMS *Conqueror* fue a traición.

A partir del 1º de mayo estuvimos moviéndonos en pleno frente de batalla y preparados para abrir fuego sobre cualquier blanco aéreo o naval que se cruzara en nuestro camino, ya que nos separaban pocas horas para el encuentro táctico. En la mañana del 2 adoptamos un rumbo transitorio al Oeste y ello hace muy poco al análisis de los hechos, porque otras circunstancias inmediatas podrían hacernos retomar el rumbo Este o Norte.” (Bonzo, 2000:402)

En un relato técnico y profesional, el autor destaca constantemente que el Crucero sí era una “amenaza” para la flota británica y, de hecho, eso se demostró el 1º de mayo cuando la flota de guerra intentó una acción ofensiva que finalmente tuvo que abortarse por diversos factores. Por ende, la cuestión tan debatida de si estaba dentro o fuera de la Zona de Exclusión no constituye un elemento relevante en su argumentación, ya que esa posición era circunstancial. Tampoco encontramos allí una crítica a Gran Bretaña por haber atacado al Crucero. Oponiéndose en cada punto al discurso difundido en la inmediata posguerra, Bonzo indica que cada tripulante era conciente de los riesgos que corría y que estaba dispuesto a combatir y morir para recuperar lo propio, por ello los “muertos son héroes no mártires. No iban a morir sino a luchar por su Patria. Pero el cumplimiento de su deber lo concibieron hasta sus últimas consecuencias” (Bonzo en: *Gaceta Marinera*, 14/03/1984). El último comandante del Crucero no deja lugar a dudas:

“De manera que hablar de inmolación, holocausto, traición, víctimas, engaño, mártires... para referirnos al Crucero ARA *General Belgrano* y sus tripulantes puede haber sido un recurso psicológico de oportunidad. Pero de ninguna manera puede ser el léxico apropiado para expresar

¹⁴ Sin embargo, en declaraciones de Bonzo en la inmediata posguerra todavía no encontramos esta concepción completamente construida. Para un análisis de la memoria del hundimiento del Crucero centrándose en su décimo aniversario, ver: Guber (2008).

conceptos sobre este episodio de la guerra, que al fin fue tan cruel como cualquiera de las que hayan asoldado al mundo.” (Bonzo, 2000: 402)

Este rotundo cambio del sentido dado al hundimiento del Crucero por Bonzo fue adoptado por la Armada como una posición oficial y, de hecho, lo podemos encontrar en la gran mayoría de las publicaciones navales desde mediados de los '80. El ejemplo más claro es la nueva denominación que *Gaceta Marinera* le ha dado al hecho. Desde fines de los '90, para referirse al hundimiento *Gaceta* habla de la “Batalla Naval del Banco Burdwood” (la zona donde fue atacado el Crucero) (abril 1999; mayo 2000), remonta la explicación al intento ofensivo del 1º de mayo y, a veces, ni siquiera hace referencia a la Zona de Exclusión Marítima (abril 2012). De todas formas, en sectores ajenos a la Armada, el debate continúa, e incluso, ha habido varios actos conmemorativos en los que aparecieron ambos sentidos en disputa (*Clarín*, 03/05/2002).

Además de enfrentar los cuestionamientos indicados anteriormente, conservar y actualizar la memoria del hundimiento le ha permitido a la Armada promover la transmisión de pautas y tradiciones navales. Al igual que los otros actores y acontecimientos elegidos, esta acción también es una oportunidad para referir a la importancia del entrenamiento previo, la disciplina, la subordinación, la camaradería, el valor, y la importancia de la fe, ya que una de las cuestiones que destaca continuamente es que por esos factores sobrevivieron tanta cantidad de personas (algo inusual en este tipo de catástrofes). En tanto la fuerza naval señala continuamente la solidaridad y el espíritu de cuerpo que reinó en la dotación a la hora de abandonar la nave y enfrentar la espera en las balsas, rescatando situaciones de ayuda y colaboración mutua entre los tripulantes, este acontecimiento también permite transmitir y actualizar la cuarta “Ley de Honor Naval” que indica que “Ningún hombre de mar abandona a un camarada en peligro” (*Gaceta Marinera*, 15/09/1986). Pero, principalmente, este hecho pone de relieve la disposición a combatir hasta dar la vida por la Patria en cumplimiento del deber y más allá de la inferioridad de condiciones, que debe caracterizar a todo marino, en tanto representa un fiel ejemplo de la máxima propuesta por el padre de la Armada, el almirante Guillermo Brown, antes del combate de Quilmes en 1826: “¡Es preferible irse a pique antes que rendir el pabellón!”, que constituye otra “Ley de Honor Naval”.

Finalmente, el otro acontecimiento elegido por la Armada para construir su memoria oficial y responder a las críticas por el repliegue de la flota, es el ataque al Aviso Alférez Sobral. Si bien en un segundo plano, en comparación a los otros acontecimientos indicados, este hecho también es continuamente destacado en las conmemoraciones, en los discursos de las autoridades navales, en las publicaciones navales y hasta es objeto de un libro de reciente publicación (Muñoz, 2008). El buque auxiliar fue atacado el 3 de mayo de 1982 por helicópteros ingleses cuando se hallaba en una misión de rescate de personal de Fuerza Aérea, y como consecuencia fallecieron 8 tripulantes. Por ende, en un comienzo, y al igual que en el caso del Crucero General Belgrano, el ataque fue ampliamente difundido porque Gran Bretaña nuevamente no había respetado las leyes de la guerra. Sin embargo, luego del conflicto, se reveló que el buque no

llevaba la insignia de la Cruz Roja, y si bien intentó dar a conocer su misión mediante distintos recursos, ello no fue advertido por los pilotos ingleses. Con lo cual, en la posguerra, si bien el hecho continuó siendo ampliamente difundido, la Armada eligió otro elemento para hacerlo: la conducta del comandante de la nave, el capitán de corbeta Sergio Gómez Roca, que aún ante una abrumadora inferioridad de condiciones y sin posibilidad de defensa, decidió cumplir con la misión hasta dar su vida en ella. Él sí era un verdadero “mártir”, ya que ante la posibilidad del ataque, el capitán había ordenado a la mayoría de la tripulación refugiarse en un lugar seguro del buque, mientras él y el personal necesario para navegar el Aviso se mantuvieron en el puesto de comando. Finalmente, Gómez Roca y los otros siete tripulantes que lo acompañaban murieron en el ataque inglés que fue arteramente dirigido a esa área, mientras el resto de los tripulantes logró regresar a puerto. En *No vencidos*, Mayorga recupera uno a uno estos elementos:

“El Aviso ARA Alférez Sobral es un buque de guerra no por sus características físicas sino por el sentir de su tripulación. Pintado de otro color hubiera podido parecer un remolcador civil o una embarcación pequeña. Pero tripulado como estaba, era una unidad naval de “primera categoría”. Afrontaba una misión imposible, una comprensión total de las razones que motivaron al Superior a imponerla, una obediencia espartana para aceptar los riesgos que sabían que iba a sobrevenir... Este fue un buque que no perdió a su Comandante -último comandante muerto en el puente desde las guerras de la Independencia- porque su espíritu fue mantenido vivo por la tripulación a la que salvó cuando ordenó despejar cubiertas donde ya nada se podía hacer.” (1998: 277)

Al igual que Bonzo que fue el último tripulante en abandonar el Crucero, la conducta de Gómez Roca permite transmitir las cualidades que debe tener todo capitán de un buque, la valentía y disposición a “dar su vida para preservar la del resto del personal” (*Gaceta Marinera*, junio 2007) en el cumplimiento de la misión, aún en inferioridad de condiciones; esto en fiel cumplimiento de la “Ley del Honor Naval” que indica que “El puesto del superior es siempre el de mayor peligro”. Además, el hecho de ser el primer “comandante muerto en el puesto de comando desde las guerras de la Independencia” es un factor que una y otra vez destaca la Armada, porque a la vez que permite anclar estos valores y pautas morales en una continuidad histórica de la institución desde los combates navales del siglo XIX, le da la posibilidad de combatir la imagen de los oficiales que no lucharon y que dejaron solos a sus subordinados en los enfrentamientos con tal de resguardar sus vidas. En un tono característico de Mayorga, el autor discute esa concepción: “Los antimilitaristas en general y los izquierdistas en particular repiten de manera insistente que los oficiales abandonaron sus tropas. ¿Saben ellos que en esta guerra se produce la mayor proporción de oficiales muertos con respecto a los combatientes?” (1998:516).

Reflexiones finales: “la guerra” del Apostadero y la memoria naval

Para finalizar, retomamos el interrogante que dio origen al presente artículo: ¿por qué “la guerra” del Apostadero no tiene lugar en la memoria oficial de la Armada? Si consideramos que el puerto era un espacio nodal para la comunicación con el continente y el abastecimiento de las tropas en las islas, y por tanto su buen funcionamiento era imprescindible para el triunfo en la guerra, y que el Apostadero

fue la primera unidad naval creada en las islas y que existió durante toda el conflicto ¿por qué las experiencias de sus integrantes, desde la perspectiva de la Armada, no están a la altura de las de los actores y acontecimientos que indicamos previamente? ¿Cuáles pueden ser las variables que nos ayuden a comprender su silenciamiento o el lugar marginal en la narrativa naval?

Retomando lo expuesto, podemos afirmar que desde el fin de la guerra, la memoria naval –como toda memoria social– ha privilegiado algunos acontecimientos y actores del pasado bélico según intencionalidades e intereses presentes y expectativas de futuro. La selección de la “exitosa” Operación Rosario, del “excepcional” desempeño del BIM 5 en el frente de batalla, del “profesionalismo” de los pilotos de aviación naval y de las “vidas sacrificadas” en el hundimiento del Crucero General Belgrano y en el ataque al Aviso Sobral, le permitió a la Armada combatir imágenes críticas muy difundidas desde la inmediata posguerra, tanto de la contienda bélica en general –estableciendo claramente un único sentido de ésta y de sus muertos, el de “gesta” y “héroes”–, como del accionar de las unidades navales en el conflicto. Así, al destacar la gran actuación y preparación de los infantes de marina, el entrenamiento de los pilotos y la “entrega” de todos ellos en general, y de los tripulantes de los buques atacados en particular, la institución intentó reivindicar su accionar en la guerra y luchar contra la imagen de que había rehuido al combate. Al mismo tiempo, esos emblemas le daban la posibilidad de distanciarse de la fuerza más desprestigiada por su desempeño bélico, el Ejército, y alimentarse de la “campaña de prestigio” llevada a cabo por Fuerza Aérea.

Además, esos hitos le permitieron a la institución apelar al tradicional recurso del culto patriótico a los muertos. Mediante el homenaje a los “mártires” o “héroes” –según fuera el caso–, la Marina intentó diluir los conflictos y cuestionamientos de la guerra al interior y al exterior de sus filas, y promover la unidad nacional indicando que la sociedad le debía la construcción de la “Nueva Argentina” –que había sido proclamada por diversos actores durante la guerra (Guber, 2001)- a los caídos para que el sacrificio de sus vidas no fuera en vano; esto más allá de cualquier tipo de consideración sobre las condiciones en que se combatió y murió, y de las responsabilidades por ella. Una sociedad que, además, apoyó casi masivamente al conflicto –recuerdan una y otra vez los portavoces de la memoria naval–; por ende, magro homenaje les harían a los muertos al tender a la disgregación nacional luego de la derrota o al cuestionar el conflicto.

Asimismo, esos hechos y actores emblemáticos le han permitido a la Armada transmitir a las generaciones futuras los valores y pautas morales tradicionales de las FF.AA. y actualizar su vigencia, al tiempo que contribuir a la constitución de una identidad colectiva en la fuerza. En este sentido, la Marina –y en realidad, las FF.AA. en general– ha intentado a lo largo de su historia promover una “identificación total” de sus miembros con la institución, una fusión del individuo con el colectivo –con la “gran familia militar”–, que a la vez que los separa de la vida civil, los aúna en torno a una “cosmovisión moral” cuyo eje son valores como caer en combate, honor, abnegación, espíritu de cuerpo, sacrificio por la Patria, entrega, y nociones como lealtad, autoridad, subordinación, obediencia, claves en toda institución jerárquica (Badaró, 2009; Frederic et. al., 2010).

Así, los hitos elegidos se convirtieron en verdaderos vectores de transmisión de estas pautas morales y también de tradiciones específicamente navales –como las “Leyes de Honor Naval”–, que instaban a la cohesión institucional y a la vez establecían una continuidad con las “gestas” y “héroes” del pasado naval. Por ende, desde la perspectiva de la Armada, la historia se convirtió en un decálogo de ejemplos a seguir y de conductas a imitar, y la guerra de Malvinas se sumó a esa concepción.¹⁵

Para la transmisión de esos valores y pautas morales, la Marina eligió los hitos que consideró más adecuados según el impacto que podían tener en la sociedad argentina. Así, privilegió aquellos sucesos en los que murieron gran cantidad de personas, en los que se produjeron enfrentamientos con las tropas británicas, o en los que se cumplieron misiones altamente riesgosas –y si ello se realizó en inferioridad de condiciones y a costa de vidas, más difundidas aún. En contrapartida, relegó a un segundo lugar el resto de los actores de la Armada en la guerra y los acontecimientos por ellos protagonizados, que no cumplían de forma cabal con alguna de esas pautas. En tanto los integrantes del Apostadero se encargaron de actividades logísticas, permanecieron la mayoría del tiempo en la localidad, disfrutaron de algunas facilidades y comodidades justamente por su ubicación y su función, no participaron en enfrentamientos –excepto el grupo que luchó en la península Camber– y no tuvieron caídos, su historia se presentaba como menos propicia para la Armada para combatir la imagen de su inacción. Aún cuando en sus misiones se pueden encontrar gran cantidad de ejemplos en los que el valor, la entrega, el sacrificio, la camaradería, la solidaridad, la lealtad y la disciplina aparecen, éstas eran menos impactantes y movilizadoras que aquellas otras –desde las lentes de la institución naval–, o resultaba menos evidente su relevancia para la victoria en la guerra. Al respecto, el testimonio de Ricardo Pérez, ex-conscripto del Apostadero, es bien sugerente:

“Iba un Aeromachi que despegó que iba un chabón de apellido Crippa [...]. Fue, les tiró los misiles [...] a una fragata, se dio la vuelta, aterrizó, dio parte y confirmó lo que había dicho Esteban del desembarco [teniente del Ejército que fue testigo del desembarco de las tropas inglesas en Malvinas]. Bueno, el ñato que llevó al oficial de la Armada que le fue a trasladar la orden del almirante Otero [máxima autoridad naval en la guerra] a Crippa, el boludo que manejaba era yo, ¿entendés? O sea, yo tuve ese tipo de protagonismo, en realidad nada, pero estuve en la historia, yo lo único que hice fue manejar, podría haber sido Pérez Montoto, pero yo estuve ahí.” (Ricardo Pérez, 26/11/2007)

En la ida al aeropuerto para cumplir la misión aparentemente intrascendente de transmitir la orden de Otero, Ricardo se arriesgaba a caer bajo los frecuentes bombardeos ingleses en la zona, y si bien esa vez no fue así, varias fueron las oportunidades en que se encontró conduciendo el *jeep* en plena alerta roja. Si bien allí se pueden encontrar también los valores mencionados, e indudablemente su tarea era parte de una cadena de funciones para cumplir una misión con éxito, el impacto emotivo que se desprende de la acción de Ricardo es bien diferente, por ejemplo, de la decisión del comandante del Aviso Sobral. Por ende, entre elegir

¹⁵ Frederic et. al. indican que, en tanto gran parte de la formación militar se basa en cuestiones de orden moral, el aprendizaje privilegiado en las FF.AA. es aquel basado “en la imitación, en el ejemplo y en la aplicación de recompensas y sanciones” (2010:24).

una u otra acción, es decir entre elegir una guerra logística y una del frente de batalla o vinculada a algún enfrentamiento, lógicamente la Armada no dudó: fueron las últimas las elegidas, aquellas que más riesgo corrieron y más cerca de la muerte estuvieron.¹⁶

Al fin y al cabo, el silenciamiento institucional del Apostadero o su lugar marginal en la memoria naval, está vinculado a las características particulares de toda guerra logística, aquellas que la individualizan: su accionar lejos del frente de batalla, su mayor acceso a los recursos y el menor riesgo que corren –siempre relativamente hablando– en comparación a aquellos que están en la primera línea del combate. Como indica Barret para el caso de la Marina estadounidense, como en general los logísticos “tienen menos oportunidades de demostrar coraje, autonomía y resistencia” (1996:138), los valores primordiales de la identidad militar, su prestigio suele ser el más bajo de las fuerzas, aún cuando su función es imprescindible ya que es imposible triunfar en una batalla sin disponer de una logística perfectamente organizada. De hecho, la guerra de Malvinas fue una muestra palmaria de la relevancia de ésta para las operaciones bélicas, y de lo que puede suceder cuando la improvisación es la pauta. Sin embargo, así y todo, el reconocimiento de las unidades logísticas ha sido mucho menor que el de aquellos que protagonizaron enfrentamientos de cualquier tipo, terrestre, naval o aéreo, un elemento que influyó en el profundo y doloroso silencio que mantuvieron los ex-integrantes de la unidad sobre sus experiencias durante gran parte de la posguerra.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

- ACUÑA, C. y SMULOVITZ, C. (1995), “Militares en la transición argentina: del gobierno a la subordinación constitucional” en: AA.VV., *Juicio, castigos y memorias. Derechos humanos y justicia en la política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- BADARÓ, M. (2009), *Militares o ciudadanos. La formación de los oficiales del Ejército Argentino*. Buenos Aires, Prometeo.
- BADARÓ, M. (2011), “De la dictadura al bicentenario: políticas de la memoria del Ejército Argentino (1999-2011)”, en: *Stockholm Review of Latin American Studies*, Issue N.7, December.
- BARRET, F. (1996), “The organization and construction of hegemonic masculinity: the case of the US Navy”, en: *Gender, Work and Organization*, vol. 3, June.
- BONZO, H. (2000), *1093 Tripulantes del Crucero ARA General Belgrano. Testimonio y homenaje de su comandante*, Buenos Aires, Sudamericana.
- BUSSER, C. (1984), *Operación Rosario*, Buenos Aires, Atlántida.

¹⁶ En la base de todo ello, se encuentra una jerarquía de experiencias que ha sido construida en la posguerra por los veteranos en general –apropiada y reproducida por la Armada– según los parámetros de espacio-tiempo-experiencia, en la que se legitiman aquellas vivencias que más dificultades enfrentaron, más cercanas al combate estuvieron, más tiempo estuvieron en las islas (o en los meses más difíciles) y/o más muertes sufrieron, y, en cambio, minusvaloran aquellas experiencias que –siempre en términos relativos– más lejos estuvieron del frente de batalla y de la muerte, menos tiempo estuvieron (o estuvieron en el mes que no hubo ataques), y/o más comodidades y facilidades accedieron, cuestionando incluso su mismo reconocimiento como protagonistas bélicos. De hecho, los integrantes del Apostadero que, en su mayoría, estuvieron toda la guerra en la retaguardia, haciendo actividades logísticas, también asumen estas jerarquizaciones y alternan entre la reivindicación de sus experiencias, la necesidad de hablar de las mismas, y la continua afirmación que sus guerras fueron diferentes, “incomparables”, parecen decir menos legítimas o dignas por lo privilegiadas (Rodríguez, 2008; 2011).

- CANELO, P. (2006), *Entre la política y la técnica. Las Fuerzas Armadas argentinas de la refundación a la prescindencia (Argentina, 1976-2011)*, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, FLACSO, Buenos Aires, Mimeo.
- DESTÉFANI, L. (1993), *Historia Marítima Argentina*, Buenos Aires, Departamento de Estudios Históricos Navales, Tomo X.
- DESTÉFANI, L. (1975), *Manual de Historia Marítima Argentina*, Departamento de Estudios Históricos Navales, Buenos Aires. Serie B, Historia Naval Argentina, Nº19.
- DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA FUERZA AÉREA (1998), *El accionar de la Fuerza Aérea en Malvinas*, Buenos Aires. Historia de la Fuerza Aérea Argentina: Tomo VI, Vol. I y II
- FREDERIC, S. et. al. (2010), "La formación militar como formación moral: transmisión y adquisición de saberes teóricos prácticos en las Fuerzas Armadas", en: FREDERIC, S., GRACIANO, O. y SOPRANO, G. (eds.), *El Estado argentino y las profesiones liberales, académicas y armadas*, Rosario, Prehistoria.
- GUBER, R. (2001), *¿Por qué Malvinas?. De la causa nacional a la guerra absurda*, Buenos Aires, F.C.E.
- GUBER, R. (2007), "Bautismo de fuego y gracia de Dios. Las bellas memorias aeronáuticas de la Guerra de Malvinas". En: Revista *Tábula Rasa*, Bogotá, Nº6, enero-junio
- GUBER, R. (2008), "Crucero ARA General Belgrano *In Memoriam*. Linajes político-navales en las memorias de Malvinas". En: Revista *Iberoamericana. América Latina- España- Portugal*, Instituto Ibero-Americano (Berlín), el GIGA Instituto de Estudios Latinoamericanos (Hamburgo) y la Editorial Iberoamericana/Vervuert (Madrid/Frankfurt am Main), VIII, Nº30.
- HERSCHBERG, E. y F. AGÜERO (eds.) (2005), *Memorias militares sobre la represión en el Cono Sur*, Buenos Aires/Madrid, Siglo XXI.
- HOBSBAWM, E. (2002) [1983], "Introducción: La invención de la tradición". En: HOBSBAWM, E. y T. RANGER (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica.
- JELIN, E. (2002), *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires/Madrid, Siglo XXI.
- LORENZ, F. (2006), *Las Guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa.
- MAYORGA, H., ERRECABORDE, J. (1998), *No vencidos. Relato de las operaciones navales en el conflicto del Atlántico Sur*, Buenos Aires, Planeta.
- MARTINI, H. (comp.) (1992), *Historia de la Aviación Naval Argentina*, Buenos Aires, Departamento de Estudios Históricos Navales, Tomo III.
- MUÑOZ, J. (2008), *La epopeya del Aviso ARA Alférez Sobral*, Buenos Aires, Instituto de Publicaciones Navales.
- POLLAK, M. (2006), *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límites*, La Plata, Ediciones Al Margen.
- ROBACIO, C. y HERNÁNDEZ, J. (1996), *Desde el frente. Batallón de infantería de marina Nº5*, Buenos Aires, Solaris.
- RODRÍGUEZ, A. B. (2008), *Guerreros sin trincheras. Experiencias y construcciones identitarias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el conflicto del Atlántico Sur*, Tesina de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca. Mimeo.
- RODRIGUEZ, A. B. (2010), "De veteranos "verdaderos" y "truchos". Análisis de las definiciones de "ex-combatiente/veterano de guerra" de los miembros del Apostadero Naval Malvinas en el Conflicto del Atlántico Sur", en: *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"*, Córdoba, N. 10, Año 10.
- ROMERO, L. A. (coord.) (2004), *La Argentina en la Escuela. La idea de Nación en los textos escolares*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- SALVI, V. (2008), "Memorias militares". Dossier "Memoria en las aulas", en: Revista *Puentes*, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata, N 25, diciembre.
- VERBITSKY, H. (1984), *La posguerra sucia. Un análisis de la transición*, Buenos Aires, Legasa.
- VERBITSKY, H. (2006), *Civiles y militares. Memoria secreta de la transición*, Buenos Aires, Sudamericana/Página 12.
- VEZZETTI, H. (2007). "Conflictos de la memoria en la Argentina. Un estudio histórico de la memoria social", en: PÉROTIN-DUMON, A. (dir.). *Historizar el pasado vivo en América Latina*. En http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php